

San Pedro Julián Eymard

Puede uno ser para Jesús de tres maneras.

Primero por el amor de la ley, que cumple con el deber y con eso se contenta. Este amor es necesario a todos, es el amor de la conciencia que tiene por norma no ofender a Dios. Caben en él varios grados y puede llegar a una gran perfección.

Pensando en lo que Dios, como creador, redentor y santificador, tendría derecho a exigirnos, es para asombrarse que tenga a bien recompensar este primer amor. Hácelo, con todo, su inmensa bondad, y el que no practicara más que esta fidelidad al deber llevaría a ganar el cielo. ¡Pero muchos, triste es decirlo, ni aun esto quieren!

Viene en segundo lugar el amor de abnegación, que es el de tantas almas santas que en el mundo practican las virtudes de la vida cenobítica: vírgenes fieles, verdaderos lirios entre malezas, solícitas esposas que gobiernan la familia con la mira puesta en Dios y no educan a sus hijos más que para su gloria, viudas consagradas a servirle en las obras de oración y de asistencia al prójimo ; éste es también el amor que conduce al monasterio a los religiosos. Es grande este amor, libre y tierno ; mueve el alma a ponerse a disposición del divino beneplácito, y da mucha gloria a Dios : es el apostolado de su bondad.

Pero por encima de todos campea el amor real del corazón, que es el del cristiano que da a Dios, no sólo su fidelidad y piedad y libertad, sino también el placer de la vida. Sí ; hasta el placer, hasta el legítimo goce del placer de la piedad, de la vida cristiana, de las buenas obras, de la oración y de la Comunión.

Ofrecer en sacrificio a Dios, a su beneplácito, los gozos y placeres espirituales, ¿quién lo hace?

Renunciar al contento y a los placeres íntimos y personales o sufrir amable y silenciosamente para Jesús, único confidente, consolador y protector, ¿a quién se le ocurre semejante cosa? Pero ¿será esto posible? Sí; es posible para el verdadero amor. No consiste en otra cosa la verdadera delicadeza del amor, su verdadera eficacia y hasta diré que su inefable dicha: Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra. Reboso de gozo en medio de mis tribulaciones, exclamaba san Pablo, aquel gran amante de Jesús.

¡Ojalá podamos también nosotros decir : Jesús me basta ; le soy fiel ; su amor es toda mi vida!

(San Pedro Julián Eymard, Obras Eucarísticas, Ed. Eucaristía, 4ª Ed., Madrid, 1963)